

nes, etc., disposiciones legislativas españolas, así como intentos legislativos de reforma del sistema colonial, proyectos extraoficiales de abolición, una selección de la práctica jurisprudencial española sobre el estatuto de los esclavos y un completo índice bibliográfico. Todo lo cual nos puede dar cierta idea de la importancia de este libro.—VALE-RIANO BOZAL

ALBERTO GIL NOVALES: *Antonio Machado*. Edit. Fontanella, Col. Testigos del siglo xx, Madrid, 1966.

Comienza el prólogo de este libro—escrito por Carlos Blanco Aguinaga—con una cita de Gil Novales, su autor: «En España pecamos de que la Historia de la Literatura ha solido hacerse desde la Literatura, y no desde la Historia, es decir, sin el sustento del país en que nace». Esta frase marca ya el tipo de obra que tenemos entre manos. Desde luego, la afirmación es acertadísima. Vaga la crítica en un mundo puramente idealista, sin atención a las relaciones, inevitables, pésele a quien le pese, con la sociedad de la que son producto los objetos literarios. De hecho, esta pretendida ignorancia de «lo otro» es ya un tomar partido con respecto a ello. Por lo cual son muy útiles este tipo de estudios. Máxime cuando es la misma producción literaria, en su gran mayoría, la que se empeña en un purismo poético sospechoso. Y hay que juzgarla en toda la integridad de sus relaciones, desmontando los mecanismos ocultos que no lo son tanto.

Trata Gil Novales en este libro de medir la significación de Machado para España, y las causas de tal significación. Ya de entrada nos da una valoración global: «en la crisis más grave de la existencia española en lo que va de siglo xx, lo mejor de España se llamó Machado; y, nostálgicamente, lo mejor de España sigue todavía llamándose Machado» (p. 11).

En el primer capítulo, «Gotas de sangre jacobina», muestra Gil Novales la vieja raigambre progresista de don Antonio, presente en su padre, abuelo y bisabuelo, así como las relaciones de éstos y de él mismo con la Institución Libre de Enseñanza y personajes y doctrinas liberales.

El segundo capítulo, «Un pobre modernista del año tres», dará a Gil Novales oportunidad para criticar los conceptos al uso sobre la relación entre el modernismo y la generación del 98, aceptando que

si bien «los modernistas, pues, serían sobre todo poetas, y los del 98 intelectuales», «¿por qué un modernista por definición tenía que carecer de preocupaciones nacionales, y por qué los del 98 habían de monopolizar, por decirlo así, el patrimonio consciente?». Tras hablar de la «innata tendencia hacia la inautenticidad» de los modernistas —salvados, en España, Valle-Inclán y don Antonio dirá que «tampoco los del 98, desde el plano nacional, merecen el concepto grandioso que es frecuente atribuirles. Crearon, sí, una terminología, una conciencia de los problemas, pero en cierta manera escamotearon los verdaderos datos de la crisis española, sustituyéndolos por un vago misticismo estetizante, un falso culturalismo y el culto de sí mismos» (p. 25). Machado «fue modernista y noventayochista, pero supo superar los condicionamientos de ambas posiciones» (p. 27).

A continuación, analiza brevemente Gil Novales el contenido del primer libro de Machado, *Soledades*, y su refundición posterior, destacando sus constantes: melancolía, sueños, presencia sobria de la muerte, «descubrimiento del pueblo», «el audaz prosaísmo y el sarcasmo preesperpéntico», etc. *Campos de Castilla*, con sus sucesivas reediciones, será el libro tratado en el tercer capítulo, «Tierra»; como en los demás casos, el libro será iluminado con datos pertenecientes a la biografía machadiana y la historia nacional, cartas de y a Machado, artículos, etcétera. Se plantea el autor la relación entre Unamuno y don Antonio, considerando que «Machado—y no nos engañe su propia devoción—llegó mucho más lejos que Unamuno».

En los poemas de *Campos de Castilla* comienza a plantearse la religiosidad machadiana: «Machado empieza a vaciar al mundo de Dios—y a este vacío llama precisamente Dios—, y a llenarlo de Jesús, es decir, de caridad fraterna (muy diferente de la caridad reglamentaria al uso)» (p. 49). De los poemas políticos del libro dice Gil Novales: «Lo más interesante de estos poemas es la fe y la esperanza que manifiestan en la necesidad de un cambio radical». Poco antes, Machado habrá escrito: «Somos los hijos de una tierra pobre e ignorante, de una tierra donde todo está por hacer. He aquí lo que sabemos». En carta a Juan Ramón Jiménez, de 1912, dirá: «Es verdaderamente inicuo este tácito acuerdo que hemos establecido para respetar todo lo huero y ficticio y desdeñar todo lo vital. Parece como si pensáramos todos, con honda convicción, que hay una cosa sagrada: la mentira. Cuando se toca la cuestión religiosa, especialmente, el alma española suena a cartón piedra. Y nosotros ¿no somos nadie? En fin, trabajemos pacientemente nuestras armas. Pero, al fin, es preciso ir a la guerra». Y en carta a Unamuno, de 1915: «La juventud que hoy quiere intervenir en la política debe, a mi entender, hablar al pueblo y proclamar el derecho del pueblo

a la conciencia y el pan, promover la revolución, no desde arriba, ni desde abajo, sino desde todas partes».

En el cuarto capítulo, «Socialismo y Cristianismo», trata Gil Novales el socialismo machadiano, socialismo cristiano, de amor al hombre que no desaparece bajo distinciones clasistas, pero también socialismo consciente de estas distinciones, con una inequívoca elección proletaria. Aunque «para Machado, en 1922 la revolución rusa había fracasado. Años más tarde, Juan de Mairena matizará su pensamiento y verá en la revolución del 17 el triunfo de Cristo junto a Lenin y *acaso* también Marx» (78).

Son estos años muy duros para Machado. Se dedica a la reflexión honda, integral. *Nuevas canciones* surge en 1924. Pero sobre todo, Machado filosofa, se multiplica para poder pensar tanto, y «sólo confía en el pueblo»: *¡Oh santidad del pueblo! ¡Oh pueblo santo!*

En 1929, escribirá a Unamuno: «De política, acaso sepa usted desde ahí, más que nosotros, los que vivimos en España. Aquí, en apariencia al menos, no pasa nada. Y lo más triste es que no hay inquietud ni rebeldía contra el estado actual de cosas. Las gentes parecen satisfechas de haber nacido. Nadie piensa en el mañana. Para muchos, una caída en cuatro pies tiene el grave peligro de encontrar demasiado cómoda la postura. Yo, sin embargo, quiero pensar que tanta calma y tanta conformidad, son un sueño malo, del cual despertaremos algún día...».

Párrafos como éste son los que, entre otras cosas, dan cuenta de la tremenda actualidad de Machado; y, al mismo tiempo, su lucidez es fruto de una postura correcta ante la situación en torno, que le permitió ver, con ojos limpios de hombre bueno, los datos de la crisis y la necesidad ineludible de una superación, necesidad afirmada voluntariamente, contra el cansancio y la amargura.

En un quinto capítulo, se dedica Gil Novales al *Cancionero Apócrifo*, «la parte de su obra de más difícil interpretación», en que «expone, en forma oscura, a veces tímida y titubeante, y siempre irónica, el pensamiento de sus apócrifos Abel Martín y Juan de Mairena, desdoblamientos de su personalidad» (p. 93). El núcleo de este pensamiento sería el amor cristiano al prójimo, fundamento de las preocupaciones sociales de Machado. Un amor «angustioso, *existencialista*» porque Dios falta.

Es interesantísima la contradicción que señala Gil Novales en Machado entre la poesía que quería hacer y la que pensaba estar haciendo. Así escribirá: «esa nueva objetividad a la que hoy se endereza, y que yo persigo hace veinte años, no puede consistir en la lírica —ahora lo veo muy claro—, sino en la creación de nuevos poetas —no nuevas poesías—, que canten por sí mismos». Como apunta Gil Novales: «Ma-

chado quisiera ser pueblo, escribir para el pueblo, pero no puede eliminar su propia historia poética». Por boca de Jorge Meneses, apócrifo de Juan de Mairena, se dirá: «El corazón del poeta, tan rico en sonoridades, es casi un insulto a la afonía cordial de la masa, esclavizada por el trabajo mecánico». Y es que ya veía Machado que *son malos tiempos para la poesía*. Incluso en eso fue clarividente, o mejor dicho, sobre todo en eso, que era lo suyo, la poesía, pero la poesía vuelta hacia el hombre. Darse cuenta de la necesidad de una *objetividad* poética, de un canto nuevo, superación de la lírica; de una nueva estética para unos valores nuevos. Sabe plantear los términos del problema, aunque no llegue a resolver el nudo, tarea reservada a los nuevos poetas. Buen camino de entronque entre los jóvenes poetas españoles actuales y Machado, preocupados ellos por un narrativismo prosaísta, resolviendo, en la práctica, el conflicto que planteara desde hace tanto don Antonio. Y llegaba más allá, con su vaga formulación del *arte comunista*, vislumbrando el futuro arte comunitario, urbano, de caracteres lúdicos, arte de consumo, que da sus primeros pasos en el presente, preso también en una contradicción: la de existir primero el arte mientras su público permanece alienado, separado de sí, incapaz de darse al pleno disfrute de su imagen colectiva.

El capítulo sexto lo ocupa el autor en tratar el *Juan de Mairena*, «uno de los libros más ricos de contenido y de forma de toda nuestra literatura» (p. 113). El séptimo capítulo contendrá los últimos momentos—palabras—de don Antonio, su actitud durante la guerra civil. Tras aclarar que no era marxista, dirá Machado: «Veo, sin embargo, con entera claridad, que el Socialismo, en cuanto supone una manera de convivencia humana, basada en el trabajo, en la igualdad de los medios concedidos a todos para realizarlo, y en la abolición de los privilegios de clase, es una etapa inexcusable en el camino de la justicia; veo claramente que es esa la gran experiencia humana de nuestros días, a que todos de algún modo debemos contribuir».

Finaliza el libro Gil Novales dando, en apéndice, un texto de Machado no incorporado a las Obras Completas, su artículo necrológico sobre don Francisco Giner de los Ríos.

Creo que el resumen que hemos hecho de este libro muestra con evidencia su importancia para una interpretación justa, y necesaria, de Machado, tanto en su figura personal como en su significado histórico y actual.—JULIO E. MIRANDA.